

CRÍTICA

PAÍS EN RUINAS

**ALFREDO
GONZÁLEZ
RUIBAL**

@GuerraenlaUni

Historias enterradas
de la España franquista
(1939-1975)

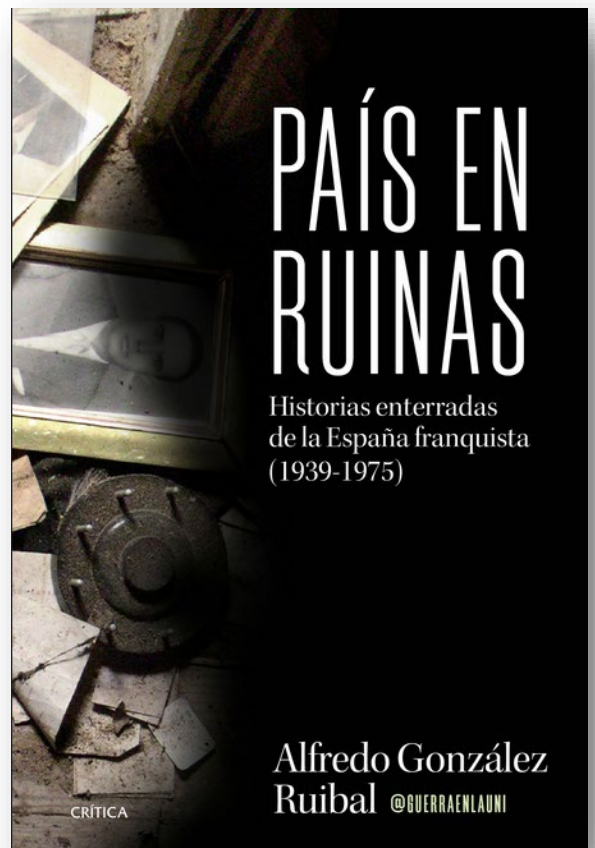
**A LA VENTA EL
29 DE ABRIL**

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN**

**AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Salvador Pulido
Gabinete colaborador
647 393 183/
salvador@salvadorpulido.com

Laia Barreda
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
659 45 41 80/
laia.barreda@planeta.es



Alfredo González Ruibal,
premio Nacional de Ensayo,
narra una historia íntima de
la España franquista a
través de sus escombros.

SINOPSIS

Esta es una historia diferente del franquismo. El material con la que está escrita no son los documentos históricos, sino los restos de la dictadura: sus desechos y sus ruinas. En ellos se encuentran historias enterradas que hablan de millones de españoles corrientes. Porque no se trata tanto de contar el franquismo a través de sus objetos, como la vida de las personas que vivieron, sufrieron, lucharon y murieron en la España de Franco.

A lo largo del libro conoceremos de cerca a los soldados que combatieron en las últimas trincheras de la Guerra Civil, las experiencias de los vencidos en los campos de concentración y los últimos momentos de las personas asesinadas por la dictadura. También visitaremos las bases de la guerrilla, las casas de los últimos campesinos y los barrios de chabolas en las grandes ciudades donde acabaron residiendo muchos de ellos. Y entraremos, además, en los santuarios del franquismo —el Valle de los Caídos, el Pazo de Meirás— para descubrir su lado oculto.

Una arqueología de nuestro pasado reciente que es al mismo tiempo un relato de la violencia que ejerció la dictadura y de la resistencia y dignidad de quienes se le opusieron.

EL AUTOR



©Álvaro Minguito Palomares

ALFREDO GONZÁLEZ RUIBAL ([@GuerraenlaUni](#)) es arqueólogo en el Instituto de Ciencias del Patrimonio del CSIC. Su investigación se centra en arqueología contemporánea, arqueología del conflicto y África. Durante dos décadas ha excavado las ruinas de la guerra civil y del franquismo, sobre las que ha escrito varios libros. En Crítica ha publicado *Tierra arrasada. Un viaje por la violencia del Paleolítico al siglo XXI* (2023), que recibió el Premio Nacional de Ensayo.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Este libro trata de las ruinas del franquismo. No es únicamente una metáfora: soy arqueólogo y mi trabajo consiste en construir historia con escombros, con lo que queda del pasado, sea remoto o reciente. Durante casi dos décadas me he dedicado a desenterrar las ruinas de la España franquista, desde fosas comunes a campos de concentración. También he excavado vertederos, viviendas y chabolas. El resultado es una historia íntima, porque trata de cosas cercanas y personas corrientes, esas que a veces se pierden en el gran relato de la Historia. Es una historia minúscula, pero que revela cuestiones mayúsculas sobre quiénes fuimos y quiénes somos.

Hacer arqueología de la España de Franco, no obstante, es algo más que narrar el pasado en clave menor: es también rebelarse contra el silencio que impuso la dictadura —que imponen todas las dictaduras—. Porque nada le gusta más a un déspota que silenciar (enterrar) todo aquello que rechaza y a todos aquellos a quienes odia. Y lo logra con asesinatos, terror y disciplina. Durante el franquismo, el silencio fundado en el miedo se extendió por todas partes, desde el interior de los hogares a los espacios públicos, y cubrió todo el país».

«Lo que he pretendido escribir es precisamente eso: una arqueología de la dignidad. Me gustaría dejar claro que no se trata de devolvérsela a nadie; me irrita enormemente el paternalismo y las ínfulas que implica la idea. No se trata de devolverla, porque las personas de las que hablo nunca la han perdido. La tarea de quienes estudiamos el pasado consiste simplemente en recordar esa dignidad cotidiana que siempre ha estado ahí, muchas veces oculta o desatendida, porque nos encontrábamos demasiado ocupados alabando a los “Grandes Hombres que Trajeron la Democracia a España”. O porque no nos parecía suficientemente relevante en la historia de la lucha contra el franquismo. O quizá porque creíamos que la experiencia de quienes sufrieron la dictadura debía contarse solo en clave de tormentos: estadísticas de la penuria y el dolor».

Trincheras y fosas comunes

«Los arqueólogos diferenciamos dos tipos de estructuras: las positivas y las negativas. Las primeras son aquellas que implican una adición de materia: los muros y pavimentos de una casa, un templo o una carretera. Las estructuras negativas son lo contrario, es decir, aquellas que implican la sustracción de materia: una zanja, un pozo, un hoyo. No existe una connotación moral a esta distinción, que es estrictamente física. Pero sucede que a veces las estructuras negativas no solo lo son físicamente, sino también desde un punto de vista moral, porque remiten al daño y la violencia. Es el caso de una zanja de saqueo o el cráter de una bomba. La prehistoria de la dictadura franquista se cimentó sobre dos tipos de estructuras negativas: la trinchera y la fosa común. Es imposible entender el franquismo sin tener en cuenta estos dos cortes en el terreno. El primero es la épica de la guerra que actuaría como fuente de legitimidad para el régimen durante cuarenta años. El segundo, la huella material del exterminio, que neutralizó la oposición efectiva a Franco durante dos décadas y le permitió reinar sobre la paz de los cementerios».

El asilo de Santa Cristina

«En la ladera sur del Hospital Clínico [en la Ciudad Universitaria de Madrid] se extendía el Asilo de Santa Cristina, un hospicio que abrió sus puertas en 1895 por iniciativa del alcalde Alberto Aguilera y con el patrocinio de la Iglesia y de las familias adineradas de Madrid [...].

A los pies del Clínico, como en cualquier otro frente de guerra, los soldados emplearon el 95 % del tiempo en dormir, comer, beber, jugar, construir fortificaciones, escribir cartas y aburrirse. La inmensa mayoría de los restos que encontramos nos hablan de esa vida monótona, entre la ansiedad y el tedio. Aunque en el caso concreto del Asilo de Santa Cristina, el escenario bélico tiene un punto de delirante [...].

Los legionarios y regulares que ocuparon las instalaciones se apropiaron de un mundo que se encontraba en las antípodas del suyo. El resultado es una confusión insólita de artefactos militares y civiles, de lo más brutal a lo más ingenuo.

Un gran porcentaje de los hallazgos en la posición, de hecho, no lo componen cartuchos o granadas, sino vajilla y cristalería. La mayor parte apareció rellenando el Refugio 2. No cabe duda de que se trata de objetos presentes en el asilo antes de la guerra, pero todo indica que los legionarios los utilizaron para sus propios menesteres; de ahí que se encuentren mezclados con elementos bélicos. Entre la vajilla abundan los platos de loza blanca industrial comunes en ambientes tanto de clase trabajadora como de clase media. Sin embargo, algunas piezas apuntan a la alta burguesía: por ejemplo, una delicada taza de té con una representación del juicio de París. ¿Cómo llegó aquí? Puede tratarse de una de las donaciones al asilo que realizaban las familias acomodadas. Las copas de vino, los vasos de cristal tallado o las lágrimas de una lámpara de araña que también descubrimos en el relleno del Refugio 2 apuntan en el mismo sentido. Otras dos tazas remiten necesariamente al asilo: están decoradas con escenas de niños y niñas jugando con balones, perritos y caballos de madera. Y no resultan menos exóticas en este contexto las figuritas de porcelana de una Divina Pastora y un cisne, que pudieron adornar el dormitorio infantil. Absurdos en mitad de una guerra: el juicio de París, los niños jugando, la Divina Pastora, el cisne».

«El hallazgo sorprendente no fueron los huesos de rata, sino algo que apareció entre ellos. Toda una metáfora, de hecho. Porque el descubrimiento en cuestión es una esvástica. Mide apenas cinco centímetros y está realizada en chapa metálica. No se trata de una insignia oficial; encaja más bien en lo que se conoce como “arte de trinchera”, una manualidad fabricada por un soldado aburrido para matar el tiempo».

Comer y beber como arma de guerra

«Hay veces que la arqueología muestra de forma diáfana la relación entre economía y política. La proliferación de botellas de los bodegueros jerezanos a partir de 1936 es una de ellas. Porque no son solo abundantes en las trincheras de la guerra civil, sino en cualquier contexto arqueológico de la dictadura. Nos las hemos encontrado en basureros de aldeas gallegas, en chabolas de Vallecas... y hasta en el centro de África, concretamente en Guinea Ecuatorial, que fue colonia española hasta 1968. Cuando prospectamos la minúscula isla de Corisco, frente a las costas de Gabón, nos sorprendió encontrar en todos los despoblados del período franquista una gran cantidad de botellas de Domecq».

«Solo hay una categoría de hallazgo que se aproxime en cantidad a las bebidas alcohólicas: los restos de animales. En total recuperamos 2.627 huesos, que demuestran que los soldados sublevados contaban con una dieta variada y rica en proteínas. Las ovejas o cabras representan el 45% del conjunto y se corresponden con un mínimo de 61 individuos. Le sigue el ganado vacuno, con 29 ejemplares y un 22% del total del conjunto faunístico. Y hay más: 26 pollos (10%), 10 cerdos (7%) e incluso 9 conejos (7%). En términos de volumen de carne, la mayor contribución es la del vacuno. No solo resulta llamativa la cantidad y la variedad de animales, sin parangón en cualquier otro contexto de la guerra civil, también lo es el número de ejemplares jóvenes: el 42% de las ovejas o cabras, el 27% de las vacas y el 25% de los cerdos. Los legionarios no comían

solo bien, comían extraordinariamente bien. Y no solo carne: hemos encontrado hasta cáscara de huevo, chirlos y espinas de bacalao. Pensemos por un momento en la proeza que suponía transportar los huevos desde la retaguardia hasta el Clínico, cruzando el Manzanares, por la única pasarela que estuvo operativa durante toda la guerra, y a través de las trincheras [...]. Claramente se realizó un gigantesco esfuerzo para mantener la posición avanzada a las puertas de Madrid y, sin duda, no solo con fines militares, sino también propagandísticos.

Porque al otro lado lo que había era miseria [...]. En las trincheras republicanas de Rivas-Vaciamadrid solo hallamos una docena de huesos de cabra u oveja en los nueve abrigos de tropa que excavamos. En cambio, salieron a la luz un frasco de laxante y una botella de agua mineral de Carabaña, famosa por su supuesta efectividad contra el estreñimiento. Que este problema era endémico entre los republicanos lo demuestra la aparición de un frasco de aceite de ricino, empleado como laxante, en otra posición republicana madrileña: la de Casas de Murcia, al sur de Vallecas. En estas mismas trincheras se recogieron frascos de vitaminas, que son habituales a lo largo de las líneas republicanas durante el último año de guerra: se suplía con ellas la ausencia de alimentos frescos».

En los campos de concentración

«Es difícil saber el número exacto de campos de concentración que existió en España, dado el carácter efímero e improvisado de muchos de ellos, pero se calcula que podría alcanzar los trescientos. La mayoría apenas ha dejado rastro en los archivos. Solo los que estuvieron abiertos más tiempo generaron un cierto volumen de documentación, 7 aunque ni de lejos suficiente como para que conozcamos cosas tan básicas como la cifra exacta de prisioneros, sus nombres y lo que fue de ellos. Precisamente por esta escasez documental, la arqueología tiene un papel importante que desempeñar».

«El de Casa del Guarda, en la localidad de Jadraque (Guadalajara), fue uno de esos campos de concentración delimitados por una simple alambrada que proliferaron en la primavera de 1939 [...]. Bajo las encinas de Casa del Guarda ha quedado testimonio de la malnutrición, en este caso en forma de latas de conservas. ¿Significa esto que los presos recibían suficiente alimento? En absoluto. Significa, más bien, lo contrario: que los alimentaron con rancho frío durante días [...].

No menos llamativa es la gran cantidad de carne de Argentina. El *corned beef* (vacuno en salmuera) aparece en cantidades ingentes. Y nos da una clave para entender el extraño repertorio de conservas de Casa del Guarda.

Aunque ambos contendientes compraron carne en el Cono Sur, la República lo hizo en cantidades mucho mayores. Y no solo eso: también recibió millones de latas en concepto de donativo por parte de simpatizantes de aquel país o de emigrantes de origen español. Las conservas de Casa del Guarda son las reservas del Ejército Popular con que se hicieron los franquistas al acabar la guerra. Los presos republicanos, por tanto, se estuvieron alimentando con excedentes de su propio ejército durante la mayor parte del tiempo que pasaron en los campos de concentración».

«De las enfermedades en los campos de concentración contamos con la evidencia que proporcionan los vertederos de medicamentos. En Castuera aparecieron en una de las zanjas de las letrinas y entre los fármacos se contaban una veintena de ampollas, frascos de diverso tipo, pomada antiséptica y dos botellas de agua oxigenada. Las ampollas quizá contuvieron la vacuna contra el tifus, que en teoría era obligatoria en campos de concentración, dado lo habitual que era la enfermedad y lo rápido que se extendía. En Castuera, el tratamiento médico corría a cargo de los sanitarios del propio Ejército Popular que se encontraban allí recluidos. A uno de ellos lo asesinaron: sus restos aparecieron en una de las fosas comunes del cementerio. En el momento

de la muerte llevaba su insignia de sanitario militar y, en el petate, once agujas hipodérmicas, dos jeringuillas, varias ampollas y una goma de compresión».

«En Casa del Guarda hemos encontrado conservas reutilizadas de las formas más variadas: hay latas-cubo, latas-marmita, latas-tubería, latas-punzón y latas-taza [..]. De eso nos hablan los objetos improvisados de los campos de concentración. Dignidad. Una dignidad de gestos y objetos, más que de palabras, cuando las palabras están prohibidas».

Las sacas

«Las sacas, en cambio, las llevaban a cabo vecinos de la zona, generalmente falangistas, así como familiares de asesinados por la violencia revolucionaria, que acudían con una lista de nombres a los campos de concentración. Allí contaban con la anuencia de las autoridades, que les permitían llevarse a los presos y, en ocasiones, incluso ir de barracón en barracón buscando a los desafortunados que acabarían en una fosa común.

De estas prácticas homicidas han quedado testimonios arqueológicos. En Albaterra [Alicante] los falangistas de la zona seleccionaban prisioneros del campo para ejecutarlos. Aunque las fosas no han aparecido todavía —todo el espacio se ha visto fuertemente afectado por las labores agrícolas—, las prospecciones con detector de metales han identificado una zona del campo donde se concentra gran cantidad de munición percutida. Se trata del lugar exacto donde los testigos afirman que se obligaba a formar a los reclusos para asistir a los fusilamientos, así que es posible que los casquillos sean prueba de ejecuciones. En este campo ha aparecido también munición no reglamentaria y de armas obsoletas (Lefauchaux, Velo-Dog), que podría relacionarse con partidas de falangistas que usaron armas personales para cometer los asesinatos».

«El cadáver número 24 llevaba consigo “dos cajas de píldoras, un cepillo de dientes con mango de metal, peine negro, marca Goliath n.º 1824, otro trozo de peine, un par de zapatillas de invierno a cuadros y piso de goma, dos bolsas de aseo y un tubo de pasta de dientes marca Gal”. Me resulta difícil aquí no imaginar a una esposa recogiendo a toda prisa el cuarto de baño para que su marido se lleve todo lo que pueda necesitar en prisión: “no te olvides de las pastillas”, “las zapatillas que abrigan, que por la noche hace frío”. Me pregunto si la mujer lo hace sabiendo que no servirá de nada, solo para convencerse a sí misma de que lo que va a suceder no va a suceder o para ahuyentar la posibilidad de que suceda. O realmente confía en que su marido retorne, porque al fin y al cabo él no ha hecho nada y todo se va a aclarar enseguida. Me pregunto también si el marido sabe y calla y acepta con resignación las dos bolsas de aseo, los peines, el cepillo de dientes y las cajas de píldoras, aunque es perfectamente consciente de lo que le espera. Solo por no poner aún más nerviosa a su mujer. Y me pregunto cómo reaccionan ante esta escena los milicianos, si con vergüenza de intruso, si con mirada burlona, si con impaciencia u odio. Y me pregunto cómo se puede odiar a un hombre asustado en mono azul cargado con dos bolsas inútiles de aseo».

Las fosas

»De la misma manera que no se mató igual en la guerra que en la posguerra, no se enterró igual en ambos períodos. Aunque asociamos la represión franquista a las fosas en las cunetas, las tumbas en campo abierto representan solo una modalidad de sepultura indigna. Los cuerpos acabaron muchas veces en otros lados: en el mar, en simas, en minas y en cementerios [...] Y las pruebas de los asesinatos no se encuentran solo bajo tierra, sino en las propias tapias perforadas por los disparos, como en el cementerio de San José, en Granada, o en el de la Almudena, en

Madrid. En el granadino, los familiares de las víctimas grabaron cruces, iniciales y símbolos políticos junto a las huellas de los disparos».

«A inicios de la contienda las fosas se cavaban aprisa, muchas veces lo hacían las propias víctimas antes de morir asesinadas. Por eso las hay alargadas como trincheras, anchas como albercas, profundas y superficiales, en forma de arco, de óvalo, de rectángulo. A los que asesinan en la posguerra tras juicio sumarísimo, en cambio, los entierran en zanjas perfectamente regulares, cavadas con tiempo y con método. Ha llegado el orden a la nueva España».

«Las fosas de Paterna son, en realidad, pozos cuadrangulares, algunos muy profundos: la fosa 115 alcanza los 5,5 metros; la 128,6. Tan profundas que algunas perforan la capa freática y la humedad permanente del fondo hace que suceda algo poco habitual: que los restos se saponifiquen, es decir, que la grasa corporal se transforme en una sustancia semejante al jabón o la cera —adipocera, se llama—. Así, no se conservan solo esqueletos, sino cadáveres. Y con los cadáveres, ropa [...].

Y en la materia orgánica perfectamente preservada encontramos evidencias del crimen: camisas manchadas de sangre, vendajes por las palizas y torturas que los presos sufrieron en prisión, ligaduras de esparto que amarraron las muñecas de los que iban a morir».

«Y a veces no es una carta, sino un mensaje en una botella. Como el que introdujo en un frasco de vidrio Manuel Lluesma, obrero de cuarenta y un años: “Soy Manuel Lluesma Masià (Moncada). Ejecutado el día 29-12-1942 a las 7:30 madrugada. Dejo hijos”. Cuando uno sabe que lo van a asesinar la última esperanza que le queda es que recuperen sus restos, aunque sea setenta años después y el que lo haga, un equipo de arqueología».

«Catalina tenía cuatro hijos; el menor, Martín, de solo nueve meses. Cuando la llevaron al paredón, guardó en su mandil el sonajero de su bebé. Podemos imaginarla camino de la muerte escuchando el juguete de Martín en su cintura, como si estuviese allí con ella, acompañándola. Frente al pelotón de fusilamiento sentiría el sonajero de su bebé junto a su cuerpo. Y su último pensamiento, podemos imaginar, fue para Martín. Un bebé que tardó ochenta y dos años en reunirse con el sonajero que perdió el 22 de septiembre de 1936».

Memoria selectiva

«Algo que no se me quita de la cabeza es la imagen de la fosa abierta, a la vista de todo el mundo, en mitad de un cementerio público. No solo se trata de algo extremadamente siniestro, sino que revela una seguridad absoluta por parte de las autoridades respecto al crimen que estaban perpetrando. No hay ninguna intención de camuflar u ocultar. El mensaje está claro: hemos asesinado, estamos asesinando y seguiremos asesinando. Circulen. No hay nada que ver».

«Al régimen solo le importaban los crímenes si los habían cometidos sus enemigos, y las víctimas si podían considerarlas suyas. Las exhumaciones —y las reparaciones— se centraron así única y exclusivamente en las víctimas provocadas por la izquierda, como dejaba claro una de las piezas que componen la Causa General: Exhumaciones de mártires de la Cruzada. Mientras, los familiares de las víctimas de la violencia derechista, además de no poder recuperar a los suyos ni llorarlos públicamente, siguieron sufriendo persecución y castigo durante años: se los desproveyó de sus bienes y se los estigmatizó socialmente. Y no solo eso: mientras el franquismo vaciaba las fosas de sus mártires, seguía llenado otras con los cadáveres de sus enemigos».

«A pocos kilómetros de Villaverde del Ducado hay un cementerio militar olvidado y cubierto de jaras y encinas. En el interior se pueden observar varias zanjas enormes. Las abrieron los desenterradores del Valle de los Caídos a finales de los años cincuenta para llevarse huesos con los que rellenar la cripta. Las únicas fosas que no tocaron son las de los moros, porque no había lugar para los infieles bajo la cruz del Valle. La memoria selectiva de la dictadura.

Las mujeres de Villaverde dejan en evidencia la miseria moral del franquismo. Son su reverso luminoso. Porque mientras las autoridades del régimen exhumaban y exaltaban a sus mártires, reales o inventados, las vecinas de Villaverde cuidaban de un muerto anónimo sin importarles su ideología. Y lo hicieron durante ochenta y dos años. Sin desfiles, misas solemnes ni monjes benedictinos. Sin recibir prebendas. Por pura humanidad y amor al prójimo».

Robert Capa en Vallecas

«En el barrio de Entrevías, parte del distrito de Vallecas, en Madrid, [...] tuvimos ocasión de excavar un conjunto de viviendas construidas en el año 1923 y habitadas hasta que las destruyó un bombardeo de la aviación italiana al servicio de los sublevados en noviembre de 1936. Me referiré a ellas a menudo en el libro, porque las ruinas tuvieron una larga vida en la posguerra. Las que excavamos se corresponden con los antiguos portales 6 y 8 de la calle Peironcelly, justo al lado del número 10, todavía en pie, que inmortalizó Robert Capa en una de sus icónicas fotografías de la guerra civil: frente a la fachada acribillada juegan tres niños, mientras una mujer —¿su madre?— los observa desde el vano de una puerta desaparecida. Al igual que el edificio que retrató Capa, los números 6 y 8 quedaron muy dañados por el bombardeo, pero al contrario que aquel, nunca se llegaron a reconstruir.

Las excavaciones proporcionaron abundantes materiales de los años veinte y treinta, una gran parte procedente de un basurero. Es un contexto ideal, porque nos ofrece una instantánea de la vida en el barrio justo antes de la guerra civil. Y esa instantánea difiere bastante de la idea que teníamos preconcebida».

«El contraste con la posguerra no podía ser mayor. La hambruna se cebó con saña en Vallecas. A inicios de los cuarenta, los vecinos se vieron afectados por una epidemia de calambres provocada por la falta de vitamina B, que se encuentra en la carne, el pescado y los huevos. Las encuestas realizadas en 1941 y 1942 revelaron que los sufrían entre el 12,7 y 39,7 % de las niñas y los niños. La prevalencia era tan alta que se llegó a conocer la enfermedad como “síndrome de Vallecas” [...].

El desarrollismo eclipsó la memoria de la hambruna y dejó el falso recuerdo de una dictadura que gestionaba bien la economía, al contrario que la República. El hambre, además, se proyectó a un pasado de contornos difusos: antes se pasaba hambre, después ya no [...].

Construir de nueva planta no solo resultaba más barato que desescombrar y reparar las edificaciones viejas, sino que ofrecía al régimen la oportunidad de dar forma a una nueva sociedad a partir del urbanismo y la arquitectura, una típica aspiración fascista que Benito Mussolini practicó de forma entusiasta».

Mano de obra esclava

«La principal adjudicataria de las obras de ampliación del aeródromo de Santiago de Compostela fue Construcciones González-Barros, la empresa de mi familia. En el guion de sus memorias, mi abuelo Alfredo dejó apuntado: “Hablar del aeropuerto de Lavacolla”. Nunca lo hizo.

En 1940, 160.000 prisioneros realizaban trabajos forzados en España, el récord de la posguerra. Ese mismo año, cientos de presos políticos trabajaban en condiciones inhumanas en

el aeródromo de Santiago de Compostela al servicio de Construcciones González-Barros. Ese mismo año, también, mi abuelo Alfredo adquirió el caserón modernista con piscina y cancha de tenis que maravilló al niño Xosé Fortes, futuro capitán del ejército y miembro de Unión Militar Democrática. La mansión materializaba su triunfo en la vida, con solo treinta años. Los mismos con los que yo descubrí que esa casa, a cuya sombra pasé los veranos de mi infancia, se pudo comprar en parte gracias a los beneficios proporcionados por mano de obra esclava».

«El franquismo recurrió a los trabajos forzados desde la misma guerra civil [...]. Sin embargo, su uso creció exponencialmente a partir de 1942. Lo hizo dentro de un sistema diferente al de la guerra: el de la redención de penas por el trabajo».

El valle de los presos

«El proceso de exhumación en el Valle [de los Caídos] resulta extraordinariamente complicado, por el elevado número de restos, por la manera en que se encuentran almacenados y por el pésimo estado de conservación. Las criptas no reúnen las condiciones necesarias para el enterramiento: la elevada humedad (de casi el 80 %) ha dañado la madera de las cajas, que se han hundido unas sobre otras. Y, aun así, el equipo de forenses de la Sociedad Aranzadi logra lo imposible: recuperar cuerpos, individualizarlos, identificarlos, devolvérselos a los familiares. Y lo hacen bajo la amenaza continua de querellas por parte de las asociaciones franquistas y con constantes interrupciones».

«En mayo de 1943 se crearon tres destacamentos penales: uno para la construcción de la abadía; otro para la basílica, y un tercero para la carretera. Se conocían por el nombre de las empresas: Molán, San Román y Banús respectivamente. Los presos fueron exclusivamente políticos hasta 1946, en que comenzaron a llegar comunes».

«En Cuelgamuros casi no hay desecho al que no se le haya dado una segunda vida. La hojalata y el caucho son los elementos más reutilizados. Con las conservas se fabricaban lámparas de carburo, útiles de cocina, cazos, juguetes y braseros [...]. En un par de chabolas encontramos depósitos de suelas y otros elementos de zapatos. Los guardaban los presos y sus familiares para reutilizarlas cuando fuera necesario; quizá también para intercambiarlas por otros objetos o comida. Lo que denominamos basureros, de hecho, eran más bien almacenes donde recuperar materiales útiles cuando hiciera falta».

El maquis

«El maquis en España es equiparable a otras luchas partisanas contra el fascismo que tuvieron lugar en Europa en esas fechas. Fue la primera de todas, de hecho, porque desde el mismo mes de julio de 1936 hubo gente que se echó al monte para combatir contra los sublevados. La salvaje campaña de exterminio que llevó a cabo el régimen franquista es también homologable a la de las potencias del Eje y sus aliados. Al contrario que en el caso europeo, sin embargo, en nuestro país el discurso de la dictadura se ha impuesto a través de las generaciones. A los guerrilleros todavía se los ve con demasiada frecuencia como bandoleros, un concepto que rescató el régimen franquista para desacreditarlos, no como lo que realmente fueron: luchadores contra la dictadura».

«Puede parecer una reacción exagerada, pero el uso de la artillería contra pueblos y caseríos fue muy habitual en las operaciones antipartisanas en España. Revela tanto el pánico de los atacantes a la guerrilla como el absoluto desprecio hacia la población rural».

«Los guerrilleros se refugiaron en [cuevas y cavernas]. Por lo general, se trata de ocupaciones efímeras de los primeros huidos o de partisanos en movimiento. Siempre que tuvieron ocasión, los maquis cambiaron los abrigos rocosos por chozas u otras estructuras más habitables. Los restos de su presencia en las cuevas suelen ser escasos: fragmentos de cerámica vidriada, alguna lata o botella, un trozo de espejo, lo que queda de una hoguera. Objetos modestos que hablan de jornadas a la intemperie y ranchos tristes.

Aunque a veces ocurre un milagro y en la covacha de turno aparecen algo más que latas. Es lo que sucedió en 2024 en un monte de la localidad cántabra de Liébana, a los pies de los Picos de Europa, donde se descubrió el refugio intacto de los guerrilleros Santiago Rey, Segundo Bores y Mauro Roiz, de la Brigada Machado, que estuvo activa entre Asturias y Cantabria hasta 1957 [...]. Sus descubridores encontraron el interior tal y como lo dejaron los guerrilleros: había una lata que sirvió de botiquín —con rollos de algodón, mercurio, enjuague bucal, vendas, aspirinas—, un bidón para recoger el agua que se deslizaba por la roca, mantas, ropa, botellas, cartuchos, una báscula de precisión y un baúl de madera. También aparecieron algunos objetos extraños, como un par de zapatos de tacón y un bastón-estoque —un arma extravagante en un contexto guerrillero—. La cueva es tan pequeña que solo serviría para descansar, dormir o leer».

La vida en la aldea

«El fenómeno de la desaparición de las sociedades campesinas no se circunscribe al franquismo, sino que comienza a finales del siglo XIX. Durante la dictadura se intensificaron procesos que ya estaban en marcha, como el extractivismo y el éxodo rural. Los intentos del régimen por detener la sangría se materializaron fundamentalmente en los poblados de colonización, que buscaban fijar las comunidades campesinas al territorio y crear una clase leal a la dictadura. No solo no lo lograron, sino que contribuyeron al desmantelamiento de las culturas tradicionales. Extractivismo y colonización son, en realidad, dos caras de la misma moneda: un proyecto de explotación y control del campo y de sus habitantes. Junto a la emigración, provocaron una transformación radical del paisaje de España y dejaron el país en ruinas».

«La modernidad no solo supuso adelantos materiales para los antiguos campesinos y una mayor capacidad de consumo, sino también una transformación de su relación con el trabajo: los labradores se convirtieron en asalariados y se vieron sometidos a los ritmos y la disciplina de la industria. Los barracones donde se los alojaba, similares a los de campos de prisioneros o los campamentos militares, servían para reforzar el orden impuesto por la empresa o el Estado. Por lo que respecta a las mujeres, la incorporación al nuevo contexto laboral tuvo lugar en un papel subalterno, en empleos peor remunerados y con menor consideración social: la separación a mano del mineral, la limpieza, la cocina y la prostitución».

«Buena parte de los campesinos de España durante la época de Franco habitaban, en un sentido bastante literal, en otra época: el 74% de las viviendas en 1950 se había construido en el siglo XIX o antes».

«Las modificaciones que se advierten en la arquitectura vernácula en España durante la segunda mitad del siglo XX representan una revolución cultural sin precedentes bajo la influencia de la modernidad y el mundo urbano. Y es en la cocina donde mejor se advierten estos cambios [...]. Antes se entraba directamente en el lar, en el corazón de la casa. Ya no. Ha aparecido una barrera entre la familia y el resto de la aldea. Por otro lado, porque crea una distinción más fuerte entre personas y animales, que antes convivían de forma íntima».

Migraciones forzosas

«La culpa del éxodo fue, en gran medida, de las políticas de la dictadura: la represión forzó a emigrar a muchas familias marcadas por sus simpatías izquierdistas. Igual de importante o más fue la miseria a la que se condenó a los jornaleros: las autoridades les arrebataron las tierras de las que habían tomado posesión durante la República o la guerra y los abandonaron en manos de terratenientes sin escrúpulos».

«Además de todos los útiles y enseres de una vida campesina, descubrí también fotografías y cartas, libros y notas manuscritas. La gran mayoría de las fotos era de hombres emigrados que las enviaban a sus mujeres y niños. Pero también las había de mujeres y niños sin hombres. En este caso, eran copia de las que mandaban a los emigrados. No recuerdo haber visto ninguna imagen de una familia completa».

Basureros

«En las aldeas de Galicia, no hubo lugares específicos para arrojar la basura antes de los años sesenta. La razón es que prácticamente no se generaban residuos. Los detritos orgánicos se empleaban para alimentar a los cerdos o para abonar. Los inorgánicos, por su parte, raramente se percibían como basura: los frascos de vidrio se guardaban durante décadas y se reutilizaban infinidad de veces; el hierro también se reciclaba constantemente. El único material que sí se descartaba —cuando no quedaba más remedio— era la cerámica».

«En la parte más profunda [del basurero de mi casa] encontré un pequeño disco de bronce que parecía una moneda. Una vez limpio, descubrí que era un botón. Y no uno cualquiera: un botón del 54.º Regimiento de línea del ejército napoleónico. El contraste no podía ser mayor: una casa campesina en una aldea perdida y autosuficiente; el botón de un regimiento que combatió en Austerlitz, Wagram, Leipzig y Waterloo; también en Somosierra y Talavera, durante la guerra de Independencia. La gran historia y la microhistoria dándose la mano en el patio de mi casa».

«Más llamativa si cabe es la transformación en los hábitos alimentarios: por primera vez aparecen comestibles procesados de tipo industrial, como yogur (de la marca pontevedresa Larsa), galletas (de la soriana Tejedor) y café soluble (Nescafé). Pueden parecer objetos triviales, pero no lo son. Hasta unos años antes, habría sido impensable en una aldea gallega consumir lácteos que no fueran producidos en casa».

En el Pazo de Meirás

«Nuestra misión era excavar Meirás, aunque no literalmente, sino de forma metafórica. Y no es una metáfora cogida por los pelos. El pazo se puede entender como un yacimiento arqueológico con varias capas, desde su construcción a fines del siglo XIX a la actualidad. Existe un nivel estratigráfico que se corresponde con su propietaria original, la escritora Emilia Pardo Bazán; existe un nivel franquista, que va desde la adquisición del pazo en 1938 hasta la muerte del dictador en 1975, y una tercera capa, asociada a los herederos, desde entonces hasta 2020».

«Los principales procesos que han alterado el pazo fueron un incendio y el saqueo al que lo sometieron los Franco. Sobre el fuego, que tuvo lugar en 1978, se han planteado numerosas

hipótesis y aunque quienes estudiamos el pasado solemos desconfiar de las teorías de la conspiración, en este caso existen indicios de que pudo ser provocado y para beneficio de los herederos del dictador».

«El expolio para vaciar el pazo comenzó probablemente tras la muerte de Franco. Poco a poco fueron desapareciendo objetos valiosos. Los testimonios de visitantes y las numerosas fotos de que disponemos desde los años cuarenta a la actualidad nos permiten documentar el progresivo despojo de sus antigüedades».

«Las habitaciones [del servicio] son una prolongación de las zonas donde desempeñan sus tareas, porque desde la perspectiva de los señores no existe diferencia entre trabajador y trabajo. Como su nombre indica, están ahí para proporcionar un servicio, como las lámparas o los electrodomésticos. Las estancias son pequeñas y modestas, sin apenas muebles. Las empleadas comparten dormitorio y aseo. No se les concede intimidad, ¿para qué la necesitan? Llama la atención la suntuosidad de los muebles en la zona noble y la austeridad de la zona de servicio, que se extiende a los suelos, a un nivel más bajo, mal barnizados o cubiertos de moqueta barata».

La biblioteca de Franco

«La pobreza de los libros del Caudillo corrobora lo que ya sabíamos: que no era un gran lector. [En la biblioteca], uno de los documentos es un informe confidencial, de 1954, sobre el carro de combate M-47 Patton, que coincide con la llegada de estos tanques a España, ahora aliada del bloque anticomunista, como parte de la ayuda militar estadounidense. El volumen convive con el Código de la Legislación del Partido Nacional Fascista (1939), de época de Mussolini, e incluso con una obra sobre las hazañas italianas en la segunda guerra mundial dedicada por el mismísimo Duce: *La guerra italiana nell'anno XIX* (1941)».

«También hay una amplia mesa de despacho que debió de utilizar Franco. Tras ella se expone un cuadro al óleo que llama la atención por su luminosidad en una estancia más bien sombría [...]. Pero hay algo más en la elección del tema del cuadro: África. Franco podría haber seleccionado cualquier otro escenario para representar su papel en la guerra, pero eligió Marruecos. “Sin África yo apenas puedo explicarme a mí mismo”, decía».

«En 1942 Franco hizo trasladar a Meirás un portón de hierro forjado que se encontraba originalmente en el Alcázar de Toledo [...]. Junto al paso del Estrecho, el levantamiento del sitio de Toledo es el gran hito que consagró a Franco como líder supremo de los sublevados».

«Franco procedía de la pequeña burguesía y Polo, de la baja nobleza. Ambos desearon pertenecer a la más alta aristocracia. Los ejemplares de *Blasón* que nos encontramos en la biblioteca de Meirás son prueba de ello: se trata de una revista sobre la nobleza española en la que se recogen estudios de genealogía y heráldica».

Chabolismo en el tardofranquismo

«Si algo caracterizó el paisaje doméstico la España del tardofranquismo no fueron ni los pisos burgueses como el de mis abuelos ni las corralas barojianas como la de la familia de Álvaro. Fueron las chabolas. Durante los años sesenta, cuatrocientas mil familias residían en

infraviviendas de autoconstrucción en las periferias de las grandes ciudades, en Bilbao, Barcelona, Valencia y Madrid».

«Las chabolas se concentraban en lugares de recepción de migrantes, pero la infravivienda era la norma en buena parte de España, también en regiones que los exportaban. En Baza (Granada), diez mil personas residían en cuevas sin agua corriente ni retrete en 1969 y en el barrio de La Chanca (Almería) la cifra todavía rondaba las seis mil en 1974. Aquí había hasta focos de lepra».

«Lo primero que llama la atención es lo diminutas que eran. En el momento de la construcción, la mayoría disponían de entre 10 y 12 metros cuadrados útiles. Tiene lógica: es lo que da tiempo a levantar y techar en una noche [si al amanecer no estaban techadas, la guardia civil los obligaba a derribarlas]».

«Al igual que a otros habitantes de barrios chabolistas, a los de Peironcely los censaron para saber cuántos eran y cómo vivían, pero también para tenerlos bajo control, como se controla a gente “de bajas pasiones y malvados instintos”. En las fichas del censo se puede ver a los vecinos y vecinas posando delante de sus viviendas, con dignidad o desconfianza o en actitud desafiante. Sabemos que muchos eran analfabetos, porque firmaban con huella dactilar, sobre todo las mujeres: el analfabetismo femenino en el sur de España era muy superior al masculino, ya de por sí excepcionalmente alto. En un barrio obrero de Granollers (Barcelona), el 62,8% de la población femenina, de procedencia andaluza, no sabía leer ni escribir».

Nuevos hábitos de consumo

«Si lo que choca inmediatamente al ver la arquitectura chabolista es la miseria, al observar su contenido la impresión es la contraria: el exceso. Hemos encontrado no cientos, sino miles de objetos de todos los tipos abandonados sobre los pavimentos o arrojados en basureros. Parece una paradoja, pero la explicación es bien sencilla: los vecinos no tenían dinero para comprarse una casa o pagarse un alquiler, pero sí lo tenían para acceder a bienes que en los años sesenta comenzaron a proliferar y a bajar de precio: entre 1958 y 1973, la capacidad de consumo se multiplicó por 2,5. El régimen de Franco vio en el consumismo un antídoto contra la tentación izquierdista.

¿Y qué consumían los vecinos de Peironcely? Básicamente, lo mismo que en cualquier otro lado. Juguetes, por ejemplo, y en grandes cantidades [...]. Los esfuerzos también permitieron a los adultos disfrutar de algunos lujos que hasta entonces solo estaban al alcance de las clases medias: como consumir habitualmente cerveza y refrescos —hemos encontrado botellines de Mahou, Fanta, Pepsi Cola y Schweppes— o incluso adquirir un tocadiscos. Sobre el suelo de una de las chabolas encontramos varios vinilos. Dada la procedencia de los habitantes del poblado, no sorprende que la banda sonora fuera flamenco».

«La gente en los sesenta volvió a consumir carne: los huesos que predominan, sin embargo, son de pollo y conejo, que eran las proteínas animales más baratas, seguidas de lejos por la oveja y el cerdo. No hay vacuno».

«En la categoría de alimentos, podemos incluir también los *snacks* y chucherías que consumían los niños. Aparecen en grandes cantidades. Lo más habitual son las pipas de diversas marcas (Arias Lizano, Tostaval, Manzanares, Fortunato, Olmeca, El Duende), todas ellas empresas españolas de carácter familiar».

«Además de cambiar los alimentos, lo hizo la forma en que se adquirían: ya no solo en tiendas de barrio, sino en supermercados. Hemos descubierto nada menos que cinco bolsas de Simago, un establecimiento que inició su andadura en 1960 y fue popular en las dos décadas siguientes, hasta que desapareció en 1997».

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Salvador Pulido

Gabinete colaborador

647 393 183/

salvador@salvadorpulido.com

Laia Barreda

Responsable de Comunicación Área Ensayo

659 45 41 80/ laia.barreda@planeta.es
